

Pablo Schostakovsky

## Las letras rusas anteriores a la invasión mongólica



A historia rusa se divide en tres períodos principales que, comúnmente, se llaman: el período kieviano, moscovita y petersburgués, por haber sido, sucesivamente, Kiev, Moscú y San Petersburgo las respectivas capitales rusas. Recién, con la revolución, empezó un cuarto período que las generaciones venideras se encargarán de bautizar. Los tres períodos anteriores son cabalmente distintos entre sí por sus aspectos económicos y político-sociales. Su único rasgo común consiste en que los tres se derrumbaron bajo la acción de fuerzas titánicas, irresistibles como los elementos. Para el período kieviano aquellas fuerzas consistieron en las hordas mongólicas; para el período moscovita—en el genio irreducible, feroz, único, de Pedro el Grande; y para el período petersburgués—en la revolución social que destruyó el régimen zarista junto con la economía capitalista.

Para enterarnos mejor del espíritu que reinaba en

la Rusia de la época premongólica, recordemos que, al principio, sus ciudades eran repúblicas libres y sus príncipes (kniáz'es) eran empleados mercenarios contratados con su «druzhina», tropa, por las asambleas populares (veche's) para la defensa de las vías comerciales y de los territorios que les pertenecían. En caso de disconformidad con su kniáz los vecinos lo expulsaban e invitaban otro. Y para entender la importancia que para la Rusia kieviana tenían sus vías de comunicación, conviene echar un vistazo al mapa geográfico. El pueblo ruso estaba asentado, en aquel entonces, en la cuenca del río Dnieper y de los ríos Lovat e Ilmén que, junto con el lago Peipus, forman una vía fluvial casi ininterrumpida entre el Mar Negro y el golfo de Finlandia. A este espinazo de la antigua economía rusa hay que añadir las ramificaciones fluviales tales como el río Duna, que desagua en el golfo de Riga, el río Nieman que desagua en el Báltico entre Memel y Königsberg, y el río Bug, afluente del Vístula. Completamos el cuadro con observar que los manantiales del Dnieper y del Volga casi se tocan, y entonces comprenderemos el porqué del papel de intermediario que la Rusia kieviana desempeñaba entre la Europa occidental y los mercados del Oriente, incluso Bizancio. Tan intensas y continuas eran las relaciones entre Kiev y los países occidentales que el kniáz Iaroslao el Sabio (1015-1054) tuvo entre los príncipes europeos tres yernos: el rey Enrique I de Francia, Haroldo de Noruega y Andrés de Hungría.

¿Cómo explicar entonces, que la cultura occidental no se atreviera a traspasar los límites rusos y su falta de influencia sobre los usos y costumbres rusos? La razón está en la competencia de las dos Iglesias, católica y ortodoxa. Las ciencias, las artes plásticas y las letras de la Edad Media eran patrocinadas y en gran parte profesadas por el clero. El latín, idioma literario del Occidente, parecía inaceptable a los rusos ortodoxos, por ser el idioma eclesiástico de Roma. La escasa y tardía cultura rusa se limitaba a los círculos clericales y cortesanos, completamente subordinados a la influencia bizantina. Por otra parte, la ubicación geográfica del pueblo ruso obstruía el desarrollo normal de su cultura. El antiguo ruso vivía aislado en medio de la selva o en la llanura abierta, bajo los golpes repetidos de los nómades asiáticos. La lucha por la existencia, agravada por condiciones climáticas difíciles; la dispersión y la escasez de poblaciones exigían un esfuerzo continuo y tenaz que consumía las fuerzas vivas del pueblo. Además, a pesar de las relaciones comerciales seguidas—que interesaban determinadas rutas fluviales y terrestres—las distancias que separaban el pueblo de los centros de mayor cultura y aun de los mares, refrenaban el desarrollo del bienestar material, de la educación y del sentido público. Entre las ciudades rusas, sólo Kiev y Nóvgorod, con su «hermana» Pskov, se hallaron, por su posición geográfica, en condiciones más favorables en cuanto al contacto directo con las naciones cultas, y las tres ciuda-

des lo aprovecharon: Novgorod y Pskov tomaron a los varegos la idea del estado y del poder supremo, y de la Hansa alemana su organización comercial, y Kiev tomó a Bizancio su fe y cultura cristiana.

\* \* \*

El idioma que hizo posible la afirmación de la fe y la divulgación de los libros litúrgicos traducidos del griego, se llama lengua eslavico-eclesiástica y fué creada, antes que Rusia se convirtiera al cristianismo, por dos santos varones, los hermanos Cirilo (827-869) y Metodio (†885), griegos de nacimiento, que se consagraron a la evangelización de los eslavos. Empezaron su apostolado por los búlgaros y luego lo continuaron en Panonia (hoy Yugoslavia) y Moravia. Para facilitar su tarea, San Cirilo inventó un alfabeto eslavo, tomando como base el abecedario griego, al cual agregó, para representar sonidos que no existían en griego, algunas letras orientales, judías y coptas. El alfabeto así creado se llama «kirilitza» (\*). Los pueblos de raíz eslava; que hablaban entonces dialectos muy parecidos, no tuvieron dificultad alguna para comprender la nueva lengua eslavico-eclesiástica; y aun hoy en día la entienden a pesar del desarrollo que los distintos dialectos han tomado en el curso de los mil años transcurridos. Durante varios siglos la lengua de San Cirilo ha sido, en los

---

(\*) Kirilitza deriva de Kiril, Cirilo en ruso.

países eslavos ortodoxos, la lengua de la Iglesia, de la escuela y de la literatura.

Junto con el abecedario, la fe cristiana introdujo nociones que exigían un sentimiento más hondo de lo abstracto y una mayor flexibilidad de la lengua. Las palabras creadas para representar las nuevas nociones se tomaron del griego, ora traduciéndolas textualmente, ora—si no había posibilidad de hacerlo—rusificando las voces originales. De este modo la lengua eslavo-eclesiástica ensanchó considerablemente el dominio espiritual de los recién convertidos y formó la base del idioma literario ruso. Sin embargo, la distancia que la separaba del idioma profano, con los años, aumentó tanto que, la lengua de la Iglesia, de la Sagrada Escritura, quedó como una lengua muerta, confinada en sus linderos iniciales. La profana, en cambio, desarrollándose como toda lengua viva, perfeccionó sus modos y giros y enriqueció su léxico con palabras suecas, alemanas, latinas, griegas, tártaras y de los demás pueblos con que la nación rusa entró en contacto.

\* \* \*

Los primeros escritores eclesiásticos rusos aparecen en seguida de la conversión. Hacen esfuerzos para escribir en la lengua eclesiástica, considerándola como la más conveniente para desarrollar temas serios, religiosos; pero, a menudo pierden el rumbo y usan el idioma profano, más vivo e imaginativo. El carácter y

los géneros de esta literatura primitiva fueron determinados por su dependencia de la Iglesia. Por su carácter de medios de propaganda y de afirmación de la nueva fe, las letras giran en el círculo de los intereses religiosos, y por lo tanto no pueden ser al principio sino traducciones. Como los santos Cirilo y Metodio tradujeron al eslavo solamente lo que la Iglesia necesitaba para los oficios, había una gran tarea por cumplir: completar la biblioteca eclesiástica con ciertos libros litúrgicos adicionales, traducir la literatura didáctica, así como la referente a la historia de la Iglesia, el Santoral, etc. Entre las obras traducidas gozaban de gran popularidad las colecciones de sermones de San Juan Crisóstomo (347-407); las epístolas de San Basilio el Grande (329-379), las homilias de San Gregorio el Teólogo (Nacianceno) (328-389) y los escritos de San Efrén Siriano (†379).

Como literatura profana, pero muy vecina a la religiosa, hay que mencionar las obras científicas, apropiadas a los fines teológicos. Entre éstas las más importantes son: *Los seis días*, disertación sobre los seis días de la creación, y *Los fisiólogos*, relatos referentes a los animales y a sus aspectos y propiedades desde el punto de vista simbólico y teológico.

Una gran popularidad alcanzaron también los apócrifos, relatos semipopulares sobre temas religiosos, basados en tradiciones, en invenciones y aun en mitos paganos referentes a personajes bíblicos, santos orto-

doxos, y los acontecimientos del Viejo y del Nuevo Testamentos. Los lectores ingenuos se apasionaron por ellos porque, a menudo, los apócrifos decían mucho más a su imaginación que a la Escritura. Así se formó un género épico religioso. Por intermedio de los apócrifos la poesía popular penetró en la literatura eclesiástica, dándole vida, colorido y medios técnicos de expresión. Los personajes bíblicos que despertaron mayor interés y provocaron la creación de verdaderos ciclos apócrifos, fueron Adán y Salomón. El pueblo sentía agudamente la tragedia vivida por Adán expulsado del paraíso, y los apócrifos dedicados a pintar su vida y su muerte, así como la redención del pecado original, gozaban de gran prestigio. También impresionaba la imaginación popular el zar Salomón, cuya sabiduría sirvió de tema inagotable para todo un ciclo de apócrifos.

Como relatos de contenido completamente profano, encontramos las novelas griegas de la época alejandrina, que penetraron en Rusia desde Bizancio. Entre ellas, lograron mayor popularidad las leyendas de Alejandro Magno, a quien sus maravillosas campañas, así como su muerte temprana, rodeaban de una aureola poética. La leyenda lo pinta como un ideal de soberano; subraya su justicia, generosidad («tenía la mano abierta») y su bondad («su larga paciencia con los que pecaban no tenía medida»); le atribuye aún algunos rasgos puramente cristianos: Alejandro es piadoso, respeta la santidad; al conquistar Jerusalén y oír al pro-

feta Jeremías que los hebreos adoraban al único Dios, creador del cielo y de la tierra, reconoce la veracidad de su religión: «creeré yo también en El y lo confesaré, y que sea su Dios mi Dios», y con esto liberta a los hebreos del tributo.

\* \* \*

## Manuscritos antiguos

El copiar libros era en aquellos tiempos una labor penosa y larga. Los copistas trabajaban, habitualmente, con uno o varios ayudantes. Para dibujar las letras mayúsculas y las ornamentaciones se necesitaba cierto talento artístico. Si el copista carecía de tales disposiciones, le ayudaban dibujantes especialistas (znaménschiki), lo que hacía subir el precio del libro. De aquí la costumbre de poner inscripciones que amenazaban con la maldición a los que se atreviesen a robar o descuidar el libro. Un evangelio llevaba la siguiente inscripción: «Y si el pope (°) o el diácono, después de haberlo leído, no engancha todos los ganchos, ¡maldito sea!».

Los libros llevaban siempre, en su última página, alguna sentencia del copista, que expresaba su satisfacción de haber llegado al buen término de su tarea, de haber cumplido su deber ante los creyentes: «Como el

---

(\*) Pope, sacerdote. La palabra pope ha tomado cierto tinte vulgar y aun despectivo. Hoy en día se dice: sacerdote o padrecito.

novio se alegra al ver a su novia, así se alegra el copista al ver la última página; como se alegra el mercader después de haber hecho una buena compra, y el timonel de llegar a puerto, y el peregrino al volver a su patria, así se alegra el copista al llegar al fin del libro».

Desgraciadamente, el tiempo, las invasiones y luchas intestinas, los incendios desastrosos para las ciudades rusas, edificadas enteramente de madera, destruyeron la mayor parte de los manuscritos originales. Tanto más valiosos son los manuscritos que se conservaron y, entre éstos, los de mayor interés son el Evangelio de Ostromir y las Colecciones de Sviatoslao».

El primero fué copiado en Novgorod, por el diácono Gregorio para el «posadnik» (gobernador electo) Ostromir. Es un «apraksos», es decir una selección de las lecturas del Evangelio, indispensables para los oficios de los domingos y días festivos del año entero. El manuscrito es una copia del texto búlgaro traducido del griego. El copista, durante su largo trabajo, que le demandó dos años (1056-1057), deslizó, inconscientemente, en el texto búlgaro una serie de giros de la lengua corriente rusa, por lo cual su Evangelio es una fuente preciosa para el estudio histórico del idioma profano. El manuscrito, preciosamente miniado, lleva un interesante monumento del antiguo arte ruso: las imágenes de los cuatro evangelistas en estilo bizantino.

Las dos colecciones de Sviatoslao son copias de traducciones búlgaras de textos griegos, ordenadas por el kniáz Sviatoslao de Chernigov († 1076). La primera colección (1073), ilustrada con un retrato de su dueño y sus familiares (el primer retrato ruso), contiene trozos escogidos sobre los temas más variados: el sermón de San Juan Crisóstomo sobre las mujeres malas (el tema preferido de los antiguos escritores rusos de tendencias ascéticas), la lista de los Concilios ecuménicos, el catálogo de libros canónicos y prohibidos, la leyenda de las doce piedras preciosas, una cronología desde Augusto y hasta Constantino, etc. La segunda colección (1076) presenta un carácter más uniforme: contiene un discurso didáctico, destinado a los hijos de Xenofonte y Teodora, sobre la manera de leer la Sagrada Escritura, otro sobre el ayuno, la abstinencia y la confesión, y las «Cien Palabras» del patriarca griego Henadio, que son cien reglas de la fe y virtud cristianas.

## Literatura de imitación y original

La literatura imitativa y original de la época llevaba también de preferencia el carácter religioso. Aparte de unas raras excepciones, los escritores eran clérigos; los centros de la actividad literaria se concentraban en los conventos; aun la instrucción de los laicos tenía un carácter religioso. Los géneros más corrientes de aquella literatura son las prédicas y los sermones,

santorales y las descripciones de viajes a Tierra Santa. Las muestras que se imitaban venían de Bizancio, donde la prédica cristiana había llegado temprano a la perfección, como temas, ideas, imágenes y modos de exponerlos.

Los primeros sermones rusos originales llegados hasta nosotros son los del arzobispo Lucas de Novgorod (1035-1059) y de San Teodosio, abad del convento Kievo-Pechersky (1062-1074), obras notables por su tono sobrio y claro y por su espíritu altamente cristiano. Otros predicadores: el metropolitano Hilarión (1051-1054)—el primer ruso que alcanzó aquella dignidad—y el obispo Cirilo de Turov (1133-1182), «el Crisóstomo ruso», dejaron muestras de sermones contruidos de acuerdo con las reglas del gran arte retórico.

Un género de transición entre la literatura religiosa y profana lo constituyen las crónicas, nacidas en el silencio de los monasterios. Son narraciones cronológicas de los acontecimientos de la tierra rusa que, según sus autores, merecían ser recordados por las generaciones posteriores. Los apuntes son breves y carecen de nexo lógico, como de cualquiera apreciación o crítica contemporánea. Los años en que no sucede nada de notable se apuntan con sentencias breves: «había silencio», «había paz», «no había nada»...

Pero más tarde, los cronistas empiezan a añadir relatos, narrando las tradiciones referentes a los sucesos de gran trascendencia histórica: sobre la conversión de

los rusos, sobre las actividades de sus kniáz'es; cuentan aún lo que ellos mismos han leído u oído. Luego los copistas empiezan a redactar las mismas narraciones con criterio propio, compilando las crónicas anteriores, sacando en limpio la consecuencia lógica de los acontecimientos, contradiciéndose a menudo, y dando así mucho trabajo a los investigadores que, más tarde, han pretendido restablecer los textos primitivos.

El cronista más famoso es Néstor (1056-1114), considerado durante mucho tiempo como padre de la crónica histórica rusa; se le atribuía la primera obra de esta índole que lleva un largo título: «Es la crónica de los años pasados, de adonde comenzó a ser la Tierra Rusa, quien empezó el primero a reinar en Kiev, y de cómo la Tierra Rusa empezó a existir». El título indica la preconcepción de un plan, el anhelo de hacer un resumen del primer período de la historia rusa, y comprueba un cierto grado de desarrollo de la conciencia nacional. La crítica moderna ha encontrado contradicciones notables entre dicha crónica y ciertas obras indubitadas de Néstor; no obstante, su nombre ha quedado a firme para designar al más antiguo monje cronista.

Los dos primeros cronicones aparecieron en 1039 y 1050, en Kiev y Novgorod, respectivamente. Sus autores quisieron conservar en la memoria popular la fecha de la inauguración de las catedrales erigidas en estas ciudades. Compilándolos a su vez, un monje dió

a conocer, en 1095, la primera crónica general que sirvió de base para la composición del famoso código Crónica de Laurencio (1116), así llamado por el nombre del copista que lo compuso.

Su narración empieza en la más remota antigüedad. El cronista quiere ligar la historia de su patria con las tradiciones bíblicas; narra la multiplicación de los pueblos después del Diluvio, la construcción de la Torre de Babel y la dispersión de «las lenguas», una de las cuales fué «la lengua eslavónica de la raíz Afet» (Jafet). Luego expone la suerte corrida por esta lengua, dice que primeramente los eslavos vivieron en la cuenca del Danubio, de donde se dispersaron por los países-vecinos, enumera sendos pueblos en que se dividieron e indica la posición geográfica de cada uno. A pesar de las diferencias de lenguas, de costumbres y aun de religión, que separaban ya en aquel tiempo los pueblos eslavos, el cronista conserva el sentimiento de la unidad racial. Cuenta con mayores detalles la vida de los eslavos orientales; enumera las tribus que poblaban la llanura rusa y proporciona datos de gran valor histórico indicando la ubicación de cada una de ellas en tal o cual cuenca fluvial. Manifiesta una conciencia perfecta del papel que las vías fluviales tuvieron en la formación y el desarrollo del estado ruso. En particular, describe con lujos de detalles la famosa ruta «variego-griega». Habla de los usos y costumbres rusos, de los «juegazos matrimoniales», durante los cuales se robaba a las mujeres, y de los funerales en que

se quemaba a los difuntos en hogueras. Señala también, por primera vez, la costumbre rusa de los baños de vapor. La descripción relativa a los baños está intercalada, con bastante torpeza e ingenuidad, en el relato de la estada en tierra rusa del apóstol San Andrés. La costumbre de tomar baños de vapor fué lo que extrañó más al santo varón durante su paso por la región de Novgorod.

«Es maravilloso lo que vi en la tierra eslava cuando pasé por ella: vi baños (edificados) de madera y muy calentados y (a la gente) se desnudar y se quedar desnudos y coger varillas tiernas y azotarse a sí mismos (\*), y azotarse tanto que, apenas vivos, bajan (\*\*) y se echan agua fría y así reviven; y lo hacen no siendo torturados por nadie, se torturan a sí mismos, y se hacen aquellos tormentos que no lavación».

Como todas las crónicas antiguas, la crónica citada lleva la impronta de la paternidad eclesiástica; no obstante, el carácter religioso se junta en ella con un vivo interés por los asuntos profanos. El cronista desarrolla un cuadro colorido de la vida de la antigua Rusia con sus guerras y luchas interiores, con la disputa sediciosa de sus kniáz'es y las calamidades nacionales. Su narración traduce un sincero amor por Rusia y un concepto muy claro de su unidad. Sufriendo por el

---

(\*) Para activar la circulación de la sangre, la gente se fustiga ligeramente con ramas de abedul.

(\*\*) En los baños hay gradas: más alto uno sube, más elevada es la temperatura y más denso el vapor.

desorden que padece. Su patria a causa de las disputas de los kniáz'es, el autor contrapone a los potentados cristianos sus antepasados paganos que «fecundaron» y agrandaron la tierra rusa.

### Autores laicos

En el siglo XII aparecen, por primera vez, los autores laicos, kniáz'es y «druzhiniki» (guerreros). Uno de ellos fué el kniáz Vladimiro Monomajo (1113-1125), bisnieto de San Vladimiro, autor de un interesante sermón didáctico escrito para sus hijos. Educado sobre las muestras de la literatura eclesiástica, Monomajo exige de ellos que asistan todos los días a los oficios divinos, hagan oraciones nocturnas y recen sin interrupción aún cuando anden a caballo; y si no saben ninguna oración de memoria, que repitan en su interior «¡Señor, ten piedad!», ya que esta es la mejor oración y conviene mucho más repetirla que «pensar en absurdos mientras se anda a caballo». Dios nos señaló el camino de la victoria contra el enemigo (el diablo); tenemos que aniquilarlo con tres buenas acciones: arrepentimiento, llantos y beneficencia». De la exposición de los deberes comunes, obligatorios para todos los cristianos, Monomajo pasa a los deberes del kniáz, del gobernante, y, después de haber expuesto el modo de conducirse en guerra, se levanta decididamente contra la ejecución capital. «No matéis al justo ni al injusto; no déis orden de matar aunque alguien

sea culpable y merezca la muerte; no hagáis perecer ningún alma cristiana . . . Lo que sabéis de bueno no lo olvidéis y lo que ignoráis aprendedlo; mi padre (kniáz V sévolodo), sin salir de casa, aprendió cinco idiomas: por eso lo honraban en otros países . . . Haced buenas acciones, cumplid con vuestro deber sin miedo a la muerte: hasta que Dios no lo ordene, nadie os dañará, nadie os matará; y si Dios lo ordena, nadie os salvará, ni el padre, ni la madre, ni los hermanos. La guardia de Dios es más eficaz que la de los hombres . . . »

Este sermón, a más de ser un monumento literario, es una constatación de lo arraigado que estaba el espíritu cristiano en el ambiente ruso de la época pre-mongólica. La prohibición de matar, que Vladimiro Monomajo predica a comienzos del siglo XII como un principio de gobierno, es algo más que una inclinación individual de un príncipe piadoso, es una tradición en la familia reinante, confirmada por una larga práctica gubernativa, y que data de Iaroslao el Sabio, de su código «La Verdad Rusa». La invasión tártara, desgraciadamente, la destruyó.

## Canto de la incursión de Igor

La obra maestra de la antigua Literatura rusa es el Canto de la incursión de Igor, creación de un guerrero desconocido del siglo XII; acontecimiento milagroso que ha suscitado discusiones apasio-

nadas por parecer inexplicable, inverosímil, para su época y ambiente. No hay posibilidad de aplicar a esta obra ningún canon formal sacado de la literatura rusa, occidental o clásica; en una palabra de cualquiera poesía, desde los antiguos griegos y hasta los poetas contemporáneos. El «Canto» carece de rima, de división regular en estrofas, de compás y tendencia fonética. A pesar de ello, el pensamiento imaginativo del autor, la riqueza de metáforas, su retórica y lo indudable de su esencia artística, lo colocan entre las más grandes obras poéticas del universo. Es una narración en verso absolutamente libre, que relata la incursión del kniáz Igor a las estepas rusas del sur—ocupadas en aquel entonces por los polovtzi—realizada en 1185, y que acabó con un desastre. La historia de la acción militar, así como la vida rusa contemporánea, se reflejan en el «Canto»; lleno de profundo y triste lirismo que, no obstante, conserva desde el principio y hasta el fin, un dinamismo impresionante. Es fácil darse cuenta de ello por los primeros versos con que el «Canto» comienza:

¿No os parece bien, hermanos,  
empezar en verbos antiguos  
la narración guerrera  
de la incursión de Igor,  
de Igor Sviatoslavovich?  
Que empiece la canción  
cantando lo sucedido,

dejando al lado  
los inventos de Boián (\*).  
Boián el hechicero,  
al crear la canción,  
por los árboles corría  
al igual de la ardilla;  
por la tierra se movía  
como un lobo gris;  
a las nubes subía  
como una águila azuleja.  
Guardaba en memoria, dicen,  
las luchas de antaño.  
Y cazaba una manada de cisnes  
con diez halcones.  
El cisne alcanzado  
la primera canción cantaba:  
al viejo Iaroslao,  
al valiente Mitislao,  
que mató a Rededa  
ante las buestes casogas; (circasianas)  
al joven Román Sviatoslávovich.  
Pero Boián, mis hermanos,  
no cazaba la manada de cisnes  
con diez halcones,  
sino sus dedos hechiceros  
sobre cuerdas vivas las ponía,  
y las cuerdas mismas cantaban  
la gloria de los kniáz'es...

---

(\*) Cantor profesional, semilegendario de la antigua Rusia.

Fiados en sus propias fuerzas, el kniáz Igor y tres parientes suyos parten a guerrear contra los polovtzi, sin avisar aún al gran kniáz Sviatoslao de Kiev:

Ensilla, hermano,  
 tus potros briosos;  
 los míos, ya listos,  
 están cabe Kursk.  
 Mis kurianos  
 son valientes probados;  
 bajo cornetas nacidos,  
 bajo cascos mecidos,  
 con lanzas criados.  
 Conocen las rutas,  
 se recuerdan de vallejos;  
 sus arcos están tendidos,  
 sus aljabas están abiertas,  
 sus espadas están afiladas;  
 corren por el campo  
 como lobos grises,  
 buscando para sí el honor,  
 y par su kniáz la gloria . . .

La salida del ejército se realiza bajo malos augurios; un eclipse solar confunde a los valientes; los boyardos y la «druzhina (\*)» bajan las cabezas, pero Igor no quiere cambiar sus disposiciones: «A caballo, her-

---

(\*) Druzhina deriva de la palabra *drug*, amigo. Así se llamaba el conjunto de guerreros, colaboradores familiares del kniáz.

manos, y vamos echar un vistazo a Don azul... » es decir, penetrar en lo más hondo del país enemigo.

A orillas del río Oskol, Igor hace alto esperando al kniáz Vsevolodo que viene por otro camino. Manda batidores para «cazar una lengua» (tomar un prisionero). Las noticias son malas, en la estepa hay muchos polovtzi armados y que, indudablemente, esperan el ataque. Igor no quiere retroceder: «la vergüenza es peor que la muerte». El primer encuentro con el enemigo es favorable a los rusos; los polovtzi huyen, abandonando su campamento y un riquísimo botín. Igor quiere volver en seguida atrás, pero su sobrino Sviatoslao le hace presente que, al perseguir a los polovtzi, se han cansado los caballos y pide descanso. Igor accede y esto es la perdición de la tropa. Al amanecer del día siguiente, un sinnúmero de polovtzi rodean el campamento ruso; tantas lanzas y arcos tienen que parecen un bosque. En el desigual combate, el kniáz Igor es herido. Una parte de su tropa se estremece y huye. Igor corre a caballo para hacerlos volver y cae prisionero del enemigo; la derrota es completa, y sólo algunos hombres aislados logran escapar y llevar a su patria la noticia del desastre sufrido. Con la destrucción de las tropas de Igor, las provincias rusas limítrofes quedan sin defensa y, antes que los demás kniáz'es intervengan, los polovtzi toman y queman dos ciudades. A pesar de que las crónicas mencionan más tarde que los kniáz'es prisioneros volvieron a su patria y atenúan en general las consecuencias de aquel desas-

tre, no hay obra literaria antigua que haya pintado con mayor dramatismo la desgraciada tentativa de Igor.

Junto con su valor puramente artístico, llama la atención el cálido patriotismo del autor; su llamada a la unificación de la tierra rusa, expresa la idea principal del «Canto». Probablemente, su autor lo compuso apenas llegadas las primeras noticias del desastre de Igor, para provocar el levantamiento de la Rusia entera contra los nómades.

La relación del «Canto» con la poesía popular es sumamente fuerte. El autor recurre todo el tiempo a los epítetos fijos: lobo gris, caballos briosos, Don azul, campo llano, muchachas lindas, cuervo negro, flechas templadas, etc. Recurre también a las repeticiones, simbolismos, comparaciones y paralelismos: «no es la tempestad la que lleva a los halcones tras las estepas lejanas, manadas de cuervos vuelan hacia el Don azul»; «la tierra negra se halla con cascotes arada, con huesos sembrada, con sangre regada; brotó en ella el duelo ruso». Muy típica para los modos populares es la comparación de los cuatro kniáz'es con cuatro soles: «nubes negras corren del mar, quieren ocultar a los cuatro soles; en las nubes centellean rayos azules; sueña el trueno, cae la lluvia de flechas». Las metáforas son sobre todo, numerosas en aplicación a la naturaleza que se pinta animada: «la hierba se lamenta, el árbol se dobla de pena... También está en el espíritu de la poesía popular la tautología: «Los puentes pontear», «ni con pensamiento pensar».

En general, el lindero entre el hombre y la naturaleza está borrado: el hombre puede transformarse, la naturaleza se esfuerza en desviarlo de un paso peligroso con malos augurios, ayuda a unos, perjudica a otros, reacciona contra todos los actos de la vida humana. Bajo la mano creadora del autor todo se anima, recibe un sentido especial, misterioso, se confunde en una disposición general. Al momento de partir a la guerra el kniáz Igor: «el sol le corta el camino con las tinieblas», «la noche gime la tempestad despertando a los pájaros»; «la tierra tiembla», «los ríos fluyen turbios...»

Los elementos populares y artificiales se confunden en el «Canto» orgánicamente, de modo que éste produce una impresión de integridad como forma y como fondo. Ninguna obra de la antigua literatura rusa logró una semejante fusión de elementos tan variados; ninguna dió un sentimiento de la naturaleza más profundo, una riqueza mayor de imágenes, de tonos y coloridos, de una crítica más amplia e independiente del estado político-social de la Rusia de entonces. La literatura del período kieviano alcanzó el punto culminante de su desarrollo con esta obra que fué también su canto del cisne. Ya hacia el fin del siglo XII el bienestar de la Rusia del sur se hallaba quebrantado; en parte por los nómades que saqueaban sus límites e interceptaban las rutas comerciales hacia el Mar Negro; en parte, por las discordias de sus kniaz'es. La devastación del país por los tártaros y la emigración de las

poblaciones a las provincias del Noreste, rompieron el hilo de la cultura recién nacida. Los géneros literarios, elaborados en el Sur, pasan al Norte. En las nuevas condiciones de existencia, en vez de desarrollarse, ellos se pierden, la vida se forma allá de otro modo y presenta a la literatura otras exigencias.

### Bajo el yugo mongólico

La invasión tártara fué sentida por los rusos contemporáneos como un castigo de Dios por sus pecados; así lo afirma la crónica de Laurencio. «El mismo año (1237), antes del invierno, llegaron de los países orientales a la tierra de Riazán, a través de bosques, los tártaron impíos, y empezaron a guerrear la tierra de Riazán y apresarla, y llegaron hasta Pronsk... Estalló un dolor grande en toda la tierra de Suzdal, no hubo mayor desde la conversión como el de ahora... En vez de la alegría se entregó la ciudad a llantos grandes. Por nuestros pecados e injusticias, por multiplicarse nuestras infamias, permitió Dios que llegasen los impíos viles; no lo hizo para premiarlos, sino para castigar a nosotros, para que nos levantásemos dejando las acciones malas».

La crónica de Ipatiev cuenta el asedio de Kiev en 1240: «Llegó Baty a Kiev con fuerza pesada, con muchas muchísimas fuerzas suyas, y rodeó la ciudad, y la asedió la fuerza tártara y se halló la ciudad en gran estrechez. Y mientras Baty y sus guerreros asediaban la ciudad, no se oía el habla humana tras el

crujido de sus telegas (carros de transporte), el mugido de sus camellos, el relinchar de sus caballos. Y la tierra rusa se llenó de guerreros tártaros... He aquí que se veía cómo las lanzas se quebraban y los escudos golpeaban y las flechas obscurecían la luz a los vencidos... »

La ola mongólica pulveriza el orden establecido y sacude las bases de la vida pública. El comercio, la economía nacional reciben un golpe que casi la aniquila; las violencias tártaras, la ausencia de seguridad personal y social, el exterminio en masa de las poblaciones, provocan un abatimiento general. Como sucede siempre en los momentos de una depresión nacional, el nivel moral baja considerablemente; los contemporáneos señalan el aumento de las supersticiones y del egoísmo, el servilismo ante los vencedores y una desorientación total. La vida espiritual se confina en las prácticas religiosas, única panacea contra los males sin solución. Un nuevo modo de vivir se cristaliza y se levanta de las cenizas del pasado, acomodándose a las nuevas condiciones de existencia...

En estas circunstancias, la literatura no podía producir muestras relevantes del genio popular sin salir del dominio religioso. Entre las obras contemporáneas se puede citar: El Canto de perdición de la tierra rusa, una imitación bastante torpe del «Canto de la incursión de Igor», las Prédicas del obispo Serapión de Vladimir, que suplica a sus hijos espirituales que cambien su modo de ser

para no incurrir en mayores pecados y no merecer mayores castigos de Dios; algunas leyendas como la de Mercurio de Smolensk, una tentativa de explicar la salvación milagrosa de la ciudad de Smolensk que espera de un día a otro la llegada de la horda tártara cuando, de repente, el jan Baty, sin ninguna razón tangible, da media vuelta y retorna a las estepas del Sur.

Otra leyenda interesante cuenta la muerte, en 1227, de la hermosa Eupraksia de Riazán. El kniáz de aquella ciudad, Jorge, pensaba «saciar» a Baty con regalos y mandó a su hijo Teodoro a parlamentar con él. Baty le pidió su mujer, cuya belleza extraordinaria le alabaron. Teodoro se negó a cederla. Entonces Baty lo mató y «echó su cuerpo a las fieras y aves de rapiña». Al saber que su marido había muerto «por su amor y hermosura», Eupraksia, para evitar la suerte que la esperaba, subió a la torre y de allí se arrojó a la tierra con su niño en brazos, muriendo los dos en el acto.

Pasaron un siglo y medio antes que la batalla de Kulikov (1380), el primer acto de resistencia a los tártaros coronado por un éxito, dió origen a varios relatos que contaban las peripecias de la derrota de jan Mamay. Entre éstos el más notable es Zadonschina. (Tras el Don). Y eso es todo lo que hay que señalar hablando de las letras rusas bajo el yugo mongólico. La antigua cultura rusa estaba cabalmente destruída.